

JAVIER MORO

NOS QUIEREN MUERTOS

El sacrificio de un hombre, la lucha de una
familia, la conciencia de un país




ESPASA

JAVIER MORO

NOS QUIEREN MUERTOS

El sacrificio de un hombre, la lucha de una familia,
la conciencia de un país



PRIMERA PARTE
EN LA BOCA DEL LOBO

1

Quizás Lilian Tintori presentía que su vida estaba a punto de dar un vuelco, que ya nunca sería la misma. O, quizás, era simplemente el miedo. Pero la mañana del 12 de febrero del 2014 se despertó inquieta en su casa del barrio acomodado de Los Palos Grandes, donde vivía con su marido y sus dos hijos pequeños. Había dormido mal y le esperaba un día intenso. Cuando abrió los ojos, él ya estaba en la terraza, concentrado en sus sentadillas y sus abdominales. A ella le hizo gracia ver que hacía sus ejercicios como si nada, como si todos los días fuesen iguales, a pesar de lo que se le venía encima. Su marido, Leopoldo López, el líder político más perseguido de Venezuela, había desafiado de nuevo al régimen al sumarse a la protesta estudiantil de ese día en treinta y ocho ciudades del país. Y ahí estaba: uno dos, uno dos, uno dos. Como si nada. Como si las amenazas no le hiciesen mella. Esos ejercicios eran su meditación, su rutina en una jornada que se anunciaba poco rutinaria.

Lilian se desperezó, recogió su cabello rubio con una goma y, aún en pijama, se unió a él. Para una deportista de fondo, capaz de correr maratones de cuarenta y dos kilómetros o ganar un campeonato de kitesurf, hacer ejercicio nada más levantarse era una necesidad, más aún después de una mala noche. No solo ayudaba a mantenerse en forma, también relajaba la mente. Y si era con su marido, mejor. Llevaba siete años casada y estaba más enamorada que nunca. Esa mañana terminaron saltando a la comba —él era un gran aficionado al boxeo— hasta que, chorreando sudor y entre risas, les interrumpió el timbre de la puerta de entrada.

Era Carlos Vecchio, el segundo de Voluntad Popular, el partido que fundaron en 2009. Como buen descendiente de italianos, disfrutaba del café que Lilian, otra hija de italiano, le preparaba a su gusto. Inteligente y jocosos, fino estratega, era un magnífico imitador capaz de hacer reír a carcajadas a los que le rodeaban, aunque hacía tiempo que el ambiente no permitía relajarse, y ese 12 de febrero su mirada grave dejaba traslucir su preocupación.

Pronto llegaron los demás. Más que compañeros, eran amigos, como Alberto Losada, un abogado jovial y enérgico, responsable de las juventudes del partido. Esa mañana venían a reunirse para coordinar la estrategia de la jornada. La reivindicación principal de las manifestaciones que habían convocado consistía en reclamar a la fiscal general la liberación de unos estudiantes detenidos en las protestas del mes anterior. Ese era el pretexto, pero barruntaban que la gente estaba dispuesta a salir a la calle para protestar contra el desabastecimiento de bienes esenciales que alcanzaba ya a la sanidad, o contra la inflación y la creciente pobreza, o contra la impunidad de los «colectivos», esas bandas paramilitares que formaban parte de la estructura del Gobierno, o contra el robo de veinticinco mil millones de dólares perpetrado por los jefes del régimen, como había denunciado Leopoldo en el vídeo que grabó para la convocatoria. Todos sabían que la opinión pública estaba especialmente irritada por el fraude electoral que en la última convocatoria aupó a Nicolás Maduro, el heredero de Hugo Chávez, a la presidencia. Ahora buscaban capitalizar ese descontento para acabar con el régimen.

Lilian pasaba tanto tiempo con los compañeros de Voluntad Popular que los consideraba una extensión de su propia familia. Se sentía muy unida a Lara Ortiz, el brazo derecho de Leopoldo, una joven odontóloga reconvertida a la lucha política. Alta, corpulenta y sonriente, llevaba gafas de pasta que agrandaban sus ojos negros y brillantes. «La mujer que más tiempo pasa con mi marido», le dijo al abrazarla. Se rieron. No era un tema de celos, Lara, que hacía labores de secretaria y coordinadora, se había hecho amiga de la familia. Quería mucho a los niños, por lo que

obligaba a Leopoldo a pasar un cierto número de horas con ellos, y Lilian se lo agradecía de corazón. Además de ser inteligente y leal, tenía otra cualidad, que para otros podía ser un defecto, pero que era de capital importancia en la vida del matrimonio López: era desconfiada, y eso la hacía especialmente valiosa en cuestiones de seguridad personal. También Leopoldo valoraba su habilidad para poner en práctica las ideas que surgían como fuegos artificiales en las reuniones. Lara, práctica, rápida y organizada, siempre con su libreta Moleskine a mano, tenía una capacidad especial para convertir las ideas en hechos.

Lilian preparó un termo de café y, según su costumbre, salió primero a la calle a ofrecer una taza a los escoltas, encargados del primer nivel de seguridad. Pasaban tantas horas juntos que también eran como de la familia.

El responsable de giras del partido se llamaba Julio Betania, y desplegab a un mapa de Venezuela en la mesa cuando Lilian se le acercó con el termo. Era un hombre corpulento, con algún resto de picadura de viruela en la cara y los ojos achinados. Conocido como Pegaso —la contraseña que utilizaba para comunicarse—, era una pieza clave en el aparato de seguridad.

—No olvides que te he pedido unos días en Semana Santa para que los niños puedan ir de vacaciones con su papá...

A Lilian no le gustaba tener que pedir algo que consideraba un derecho, pero Pegaso no pensaba en la familia, solo en el partido.

—Todavía falta mucho, Lilian... A saber dónde estaremos en Semana Santa.

Pegaso intentaba complacerla, pero no siempre era posible. Él veía que proteger las vidas de los líderes, cada vez más amenazados, exigía sacrificios, y cada cual tenía que asumir los suyos.

Antiguo jefe de seguridad de una empresa petrolera, Leopoldo lo conoció cuando se disponía a hacer campaña a las elecciones a alcalde de Caracas. «Si algún día vamos a gobernar este país —le dijo Leopoldo cuando se sumó a su causa—, tenemos que saber lo que hay debajo de la mesa».

—Yo sé lo que hay del otro lado —le contestó Pegaso.

En efecto, resultó ser un buen conocedor de las tripas del Estado, de los servicios secretos, y tenía contactos en la inteligencia militar. Aquello le confería una autoridad incontestable en temas de seguridad. Ahora le llevaba la agenda y le acompañaba en las giras. Lilian pensaba que mandaba demasiado sobre su marido y los choques eran inevitables.

2

—Lo de ayer fue fuerte —dijo Lara—. Nunca he visto un ataque tan directo.

—Hoy puede pasar cualquier cosa —dijo Pegaso.

No eran frases para que Lilian se tranquilizase. Al contrario, tuvieron el efecto de apretar un poco más el nudo que le oprimía el estómago. Se referían a las amenazas que la víspera Nicolás Maduro había lanzado en los medios de comunicación: «¡Leopoldo va preso!», había repetido con saña. Lilian se había quedado petrificada ante el televisor: una cosa era saber que tu marido está perseguido, y otra ver al mismísimo presidente de la república amenazarle en directo... Si hubiera recibido una bofetada, le habría dolido menos. ¿Cómo dormir, cómo descansar con esas palabras retumbando en la cabeza? ¿Preso, mi marido? ¿Y los niños en todo esto? ¿Y la familia? ¿Y nosotros? No era fácil ser la esposa del hombre en el que millones de venezolanos tenían puesta la esperanza de cambio.

Para serenarse, cerró sus grandes ojos marrones que contrastaban con la pálida lisura de su piel y respiró hondo, una y otra vez, como hacía cuando se sentía flaquear en las pruebas deportivas de alto nivel en las que participaba desde pequeña. Era preciso calmar la mente para ahuyentar a los fantasmas. No dejarse vencer por el desasosiego. Disimular ante los demás, mantener la moral alta, como tan bien sabía hacer Leopoldo.

—Bueno, no es la primera vez que me amenazan —dijo él, quitándole hierro al asunto—. Maduro ya lo hizo en diecisiete ocasiones, en la cadena nacional, en radio y televisión, ¿no lo recuerdan?

Lilian conocía bien el temple de su marido, que nunca dejaba traslucir sus temores. Quizás había sido educado para no tenerle miedo a la vida, o quizás es que no sentía el miedo, convencido como estaba de la bondad de su lucha. Para él, lo importante era infundir seguridad en su equipo, aun a costa de ningunear el peligro.

Pero todos recordaban la penúltima amenaza pública de Maduro, hacía justo un año, después de perder dieciocho alcaldías en las elecciones municipales a manos de Voluntad Popular. Fue el resultado de una campaña que durante meses Leopoldo y sus compañeros llevaron a cabo en los feudos tradicionales del Gobierno, poblados de gente muy pobre, muchos de ellos adoradores de Chávez. Se atrevieron a adentrarse en territorio enemigo y la hicieron a pie, en lancha y en todoterreno. Caminando por un pueblo del estado de Apure, en la frontera con Colombia, sin escoltas y acompañados de un fotógrafo, del alcalde y de una turba de gente, llegaron a la plaza de la iglesia.

—¿Cómo se llama esta plaza? ¿No es la plaza Bolívar como en todos los pueblos de Venezuela? —preguntó Leopoldo.

—Sí, así se llama —dijo el alcalde.

—¿Entonces por qué hay una estatua de Manuel Marulanda y otra de Fidel Castro?

—Ya sabes, hermano, aquí la guerrilla está muy presente, ya sabes..., las FARC.

—Esto no puede ser. ¿Por qué Marulanda tiene que tener su estatua aquí? Esta es la plaza Bolívar. Hay que botar eso de ahí.

—Sí, estamos pensando cómo hacemos para quitarlo..., pero, ya sabes, hermano, es complicado.

En ese momento, al calor de la discusión apareció en la plaza una señora con una cuerda acompañada de un hombre con un mazo. Leopoldo agarró la herramienta y Pegaso le detuvo:

—¿Qué haces? ¿Tú estás loco?

Leopoldo le apartó. Se acercó a la estatua y asestó tal golpe a la cabeza de Marulanda que esta rodó por el suelo. Luego le tocó el turno a Fidel. La plaza se llenó de gente. Pegaso temía la irrupción de la guerrilla en cualquier momento.

—Si no demostramos que se puede quebrar eso, ¿quién lo va a demostrar? —le dijo Leopoldo—. Tenemos que dar ejemplo.

Luego se subió a lo que quedaba de la estatua para que el fotógrafo le retratase para la posteridad.

Así era Leopoldo López, un político sin miedo, magnético, «con una magia muy arrecha, muy dura», como diría Pegaso. Su juventud, su diploma de Harvard, su fama de excelente gestor cuando fue alcalde del municipio de Chacao, su aspecto de actor de cine y su manera incendiaria de hablar y de tuitear —en una ocasión, dijo que el presidente no tenía las agallas para detenerle— contrastaban con un Maduro un poco pesado, grueso, nueve años mayor, que intentaba imitar —sin éxito— la oratoria de Chávez. «La gente quería saber quién era Leopoldo por la fama que le precedía, y si era un adversario, quería verle, aunque fuera de lejos. Suscitaba una enorme curiosidad», diría Pegaso.

En un momento de la gira, un simpatizante puso a disposición de Leopoldo su avioneta monomotor para llegar a los últimos rincones de la geografía. A cada regreso a Caracas, le contaba a Lilian la magnificencia de los paisajes, hechos de ríos sinuosos, llanuras fértiles, cascadas gigantescas y densas selvas... Una naturaleza soberbia e intensa que desde hacía siglos alimentaba el mito de El Dorado, el de una tierra que albergaba una riqueza sin límite abierta a los más codiciosos, un mito que seguía tan vivo como los que ahora estaban esquilmando sus recursos. ¡Qué contraste el de esa sociedad que se descomponía sin remedio con la belleza del país que se veía desde el aire! Compartía con Lilian sus descubrimientos y también le contaba cómo disfrutaba aprendiendo a volar, cómo despegaba y aterrizaba en pistas clandestinas, y lo feliz que le hacía recorrer los lugares más recónditos, abrazarse a los campesinos agradecidos por la visita porque nunca nadie iba a verlos, descubrir nuevos líderes, tejer redes de apoyo, derribar estatuas de Marulanda. Decepcionados y abandonados por la revolución, aquellos pobres veían en él una luz de esperanza. Por eso, antes de la fecha de la votación, Leopoldo supo que iban a ganar, y también que aquella victoria le costaría cara.

Lara se lo dijo:

—Esos tipos del Gobierno saben que los vas a joder.

—Lo sé.

Los candidatos de Voluntad Popular arrasaron.

«Todos estaban muy felices, pero a mí me empezó a entrar miedo, miedo por él —recordaría Lara—. Era mi amigo y Lilian era como mi hermana. Ese día, para mí empezó el gran problema. Me imaginé que los del régimen se reunirían para decir: este tipo es una amenaza real». Por lo pronto, nada más conocerse los resultados de las elecciones, el Gobierno mandó requisar la avioneta, que desde entonces se pudre en un hangar del aeropuerto de Maturín.

Aquellas amenazas de Maduro, furioso por la derrota en las municipales, no se materializaron. Quizás fuese solo una manera de intimidar, de asustar, de intentar frenarles, pensaba Lilian en esa mañana soleada de febrero. Quizás ahora tampoco se atreviese Maduro, quiso creer. Oscilaba así entre la esperanza y el desconsuelo. Luego recapacitaba: «Pero, en el fondo, ¿no estaré engañándome a mí misma?», se preguntó de golpe. ¿No intentaron la semana pasada detener a su marido y a Carlos Vecchio, en el aeropuerto de San Cristóbal, cuando regresaban de una campaña de protesta por el encarcelamiento de los mismos estudiantes por los que ese día, 12 de febrero, el país iba a salir a la calle? Si no los arrestaron entonces, fue porque la gente, dentro de la terminal, los rodeó e impidió que la policía se les acercase. Pero aquello significaba que ya no podían volar a su antojo, una limitación más a su libertad de movimiento. Significaba que en cualquier momento podría producirse una detención arbitraria. A Lilian, como a los demás compañeros reunidos aquella mañana en la terraza, no les quedaba más remedio que admitir que el cerco contra Leopoldo López se estrechaba inexorablemente.